

—Yo te juro que ni he querido, ni querré nunca más que á tí.

Ella entonces, en un arranque de impudor admirable, sin sombra de torpeza en el pensamiento, le echó al cuello los brazos, murmurando suplicante en su oído:

=¡Bésame.

Y él, estrechándola contra su corazón, la besó en la boca y en los ojos.

Pocos instantes después entró don Luis, oyendo las causas de la determinación de Pepe, le prometió interesarse en favor suyo para facilitarle pronto regreso á Madrid, con destino á cualquier oficina militar: dióle él gracias y se despidieron. Paz al verle marchar, se entró á su gabinete, y desde allí, apollada la frente en la vidriera del balcón, le vió perderse entre los árboles del paseo, como el primer día que se hablaron.

En seguida se echó en una butaca y lloró, sin que el dejo dulcísimo de aquel beso, que aún creía sentir sobre la boca, bastase á mitigar la amargura que la inundaba el alma.

XXXI

Sabedor Tirso, por Millán de la resolución que adoptó su hermano, y enterado, por Leocadia, de cuándo había de despedirse de Paz, creyó llegado el instante propicio para dar el golpe que fraguaba. Desde que, primero la Condeseda de Astrogüela, y luego las personas que para ello tenían autoridad en las *Hijas de la Salve* le encargaron que procurase quebrantar la entereza de don Luis de Agreda respecto á su negativa en lo de la cesión del terreno que poseía inmediato al convento, no dejó de pensar en el asunto, pero sin hallar modo de acometer la empresa con esperanza de éxito. Dirigirse en derechura al señor de Agreda, era bobada: un hombre de sus antedecentes políticos no se expondría por

nada del mundo á que otro senador más avanzado le arrojase al rostro en plena sesión el dictado de protector de monjas: y en cuanto á determinar la intervención de Paz, entendía que era expuesto.

Si la muchacha no se interesaba eficazmente en el asunto, nada podría lograrse; y si se le ocurría consultarlo con su novio, el fracoso era indudable. La base del plan habría lo de ser forzosamente, malquistar á Paz con el hombre á quien amaba, eliminando de esta suerte una influencia contraria al logro que se apetecía. En un principio pensó Tirso que el tiempo y su santo celo harían lo demás: según sus cálculos, tras el profundo dolor de Paz, vendría el agradecimiento á su salvador, que acaso se convirtiera en consejero. Hasta imaginó que, si por temor á su padre no llegaba á recibirle en su casa, le buscaría en el sagrado tribunal de la penitencia, lo cual facilitaría que las *Hijas de la Salve* vieran cumplidos sus deseos, al par que él, prodigando consuelos á la víctima del amor mundado, quizá la indujese á desear la verdadera perfección cristiana, trocando los peligros de la pasión y las impurezas del matrimonio por el himeneo místico con el *Único* que jamás engaña. Luégo,

sospechando que el tiempo y el celo que él empleara podía estrellarse contra el imperio que ejerciese en el corazón de aquella mujer, para él desconocida, optó por obrar con mayor energía, y de tal modo, que el asunto tardase muy poco en resolverse. Su primer pensamiento fué jesuítico y solapado: lá decisión á que se inclinó, más conforme á su carácter franco y violento. Harta paciencia tuvo para no intentar nada hasta aquel momento. Cuando Leocadia le dijo que Pepe, á juzgar por la ropa que se puso, debió ir á despedirse de su novia, Tirso, resuelto á llevar las cosas de prisa, determinó ver dentro del mismo día á la muchacha, fiando, mucho más que en su propio ingenio, en la emoción que había de causarla la sorpresa.

.....

Estaba Paz sola en su cuarto, tristemente impresionada con la despedida de por la mañana, todavía en ropas de levantar, sin gusto para engalanarse, descuidado el vestir y no muy enjutos los ojos, cuando entró la doncella diciendo que un sacerdote deseaba hablar á la señorita. Creyó ésta que venían á pedirle limosna ó ayuda para alguna obra de caridad, como á veces acontecía, y mandó

que entrase el recién llegado. A los pocos instantes, en el gabinete, alegre y claro como un día hermoso, apareció la severa figura de Tirso, cuyos manteos semejaron enorme mancha negra arrojada sobre la alfombra blanquecina y los muebles de matices pálidos.

—Tome vd. asiento, y tenga la bondad de decirme en que puedo servirle.

—Vengo, señorita, á tratar un asunto de la mayor importancia—y al decir esto se sentó, algo cohibido por el aspecto de aquella habitación, que parecía impregnada de cierto encanto mujeril, para él desconocido.

Paz, comprendiendo que no se trataba de una obra de caridad, y como no adivinase cuál era el objeto de la visita, repuso:

—Papá ha salido.

—No deseaba ver á su papá, sino á vd. misma, señorita.

—Entonces, vd. dirá.

—Ante todo, la ruego que tenga en cuenta que sólo por circunstancias verdaderamente graves me he tomado la libertad de venir á importunarla. Se trata de un serio disgusto de familia, del cual, por desgracia, va vd. á participar.

Paz se acordó entonces repentinamente de que el hermano de su novio era cura.

—¿Usted es el hermano de Pepe?—le dijo con viveza.

—Efectivamente, señorita. Vengo á cumplir un deber muy penoso para el sacerdote y para el hombre.

—¿Pronto, por favor, dígame vd. lo que ocurre! ¿Le sucede á Pepe algo malo?

Su fisonomía se alteró por completo: Tirso comprendió que estaba realmente enamorada.

—Pepe se va dijo afectando tristeza.

—Lo sé. Esta mañana se ha despedido de mí. ¡Mire vd. cómo tengo los ojos de llorar!

—Así están los de mi hermana y mi madre, señorita.

—¿Y qué puedo yo hacer, pobre de mí! Usted, como no está en antecedente, no sabe el cariño que le tengo; es imposible que lo imagine vd. . . . Si el me hubiera dicho lo que proyectaba, vamos, yo lo evito. Hasta me hubiese echado á los pies de mi padre confesándole todo; en fin, ¡qué sé yo! . . . pero no se hubiera marchado. Ahora, ¿qué hemos de hacer?

—Todo ha sido inútil. Ni el ver llorar á su

madre.... ni el estado de nuestro padre.... no ha tenido consideración á nada. No reconoce más ley que su capricho.

—Le juzga vd. con demasiada dureza.

Tirso, sonriendo amargamente, extendió las manos, como quien dice: "ahora lo veremos," y la interrumpió con estas palabras:

—Repito que vd. no le conoce, y no es extraño que la haya engañado, cuando sus padres han tardado tantos años en saber lo que era. Hoy, desgraciadamente, ya lo sabemos.

Paz se puso en pie, como dando por terminada la entrevista: aquello le parecía una monstruosidad. Además, recordando el diálogo con Pateta, desconfió de la veracidad del cura. Pero éste, sin alterarse, prosiguió:

—Cálmese vd. señorita, y óigame con chaza, que el asunto la interesa: Pepe no es lo que parece. ¿Quiere vd. que en pocas palabras la diga lo que ocurre?

—¡Me está usted haciendo mucho daño!...

—Pero vd. no me cree, y es necesario que yo la persuada. Escuche vd. y tenga un poco de valor. Por disputas pueriles conmigo, que ningún daño le hice, por si en casa debían ó no observarse ciertos deberes religiosos, Pepe ha llevado las cosas á un extremo que vd. juz-

gará. Comenzó por reñir conmigo, so pretexto de que me opuse á que nuestra hermana sostuviese relaciones con un amigote suyo, perdido de la peor índole. Logré convencer á Leocadia... y, la verdad, nunca me lo ha perdonado. Luego, por pequeñeces, como la de si habíamos ó no de comer de vigilia, exageró su furia y se ensañó con nuestra madre: justo es lo que me ha hecho más daño! La pobre ha tenido que marcharse de casa. ¡Gracias á que yo he logrado que la recojan en una comunidad que me protege! Por culpa suya, nuestro padre no tiene hoy quien le ampare y asista. Pero aún hay más: á todo esto ha añadido una ofensa cruel, que indica hasta qué punto tiene olvidados los más sagrados deberes filiales.

—Permitame vd. que le haga una sola observación. Me consta que las relaciones de usted con Pepe no son tan cordiales como debieran.... Yo le quiero con toda mi alma, y nada puedo creer de lo que vd. me dice. Es preciso que yo le hable.... Después veremos.

—Déjeme vd. acabar. A todas sus maldades ha añadido otra mucho mayor.

Paz volvió á sentarse, ocultando entre las manos los llorosos ojos.

—Y no queremos de ningún modo ser cómplices de una nueva infamia. Hemos sabido sus relaciones con usted, tan digna, tan buena y respetable. En fin, no podemos soportar la idea de que vd. algún día nos juzgue sabedores, tal vez cómplices, de la perfidia de su ingenio. No la quiere á usted, no puede quererla, señorita. Usted une, á sus muchas cualidades, la riqueza: esta es la madre del cordero.

--Es mentira, dijo Paz, me quiere por mí, por mí sola. Lo que usted dice no es verdad.

--¡Ojalá no lo fuese! Pero no hay que forjarse ilusiones. ¿Sabe usted dónde intenta llevar á nuestro padre?

—A casa de un amigo.

—No, á casa de una mujer con quien tiene relaciones y que ha sido antes querida de ese mismo amigo.

—¡Imposible! Pepe no es capaz de eso.

—Estoy completamente seguro de lo que afirmo; á esa mujer es á quien ha entregado el dinero de la sustitución.

Paz en el colmo del estupor, miró á Tirso como una fiera. Fué el único momento de aquella escena en que el cura consideró horrible lo que estaba haciendo. Mas ya era ab-

surdo retroceder. Las lágrimas, que en amargo tropel se asomaban á los ojos de la enamorada, quedaron detenidas y, fuese máscara del amor propio ultrajado ó serenidad fingida, en su cara se dibujó de pronto una calma pasmosa; queriendo aparecer tranquila, se enjugó el llanto con el pañuelo; pero el dolor pudo más, y del pecho se le escapó un sollozo largo y angustioso que parecía quejido de alma moribunda.

--No lo creo, no creo nada! decía, como si la negación le pareciese respuesta bastante eficaz á contrarestrar lo que acababa de oír.

—¡Qué daño me hace causar á vd. tanto mal! Y, sin embargo, es preciso; porque ni mi madre ni yo queremos aceptar la responsabilidad de ocultar culpas de esta índole. No la quiere á Vd. ¿No la digo que el dinero que acaba de recibir se lo ha entregado á esa mujer, y que pretende llevar á su casa á nuestro padre, para que el mantenerla á ella parezca retribución por cuidar á su padre?

—Quiero hablar con él, quiero verle. ¡Yo le mandaré venir!

—¿Y para qué? ¿Para oír juramentos falsos? Negará. La diré á Vd. que se lleva á mi padre porque nosotros le tenemos abandonado.

do. Me echa á mí la culpa de todo; dice que mi fanatismo es el sólo culpable que aconsejó á nuestra madre que vaya á la iglesia y no se ocupe de otra cosa. Las apariencias están, quizá, á favor suyo. Dirá que la Engrancia no es querida suya, sino de su amigo Millán, porque antes lo fué, y callará que él ha hecho traición á su amigo, como nos ha engañado á todos.

Cuanto se refería á las relaciones de Pepe con su padre, quedó ante los ojos de Paz borrado por aquellas afirmaciones: pidió pruebas, esperanzada con que no se las darían, ó ansiosa de poder desmentirlas, y entonces ella misma se prendió en la red que la tendían.

—¡Mentira!— dijo— Y esa mujer, ¿quién es? ¿Cómo sabe vd. que él la quiere?

—Me ofende, señorita, que acoja vd. de este modo el paso que doy, encaminado solamente á dejar á salvo mi conciencia, procurando á vd. un amargo, pero saludable desengaño; por que ya he dicho que mi madre y yo son resistimos á que nunca pueda vd. imaginar que contribuimos á que Pepe busque tan indebido modo de hacer fortuna... Respecto á las relaciones de mi hermano con esa desdichada joven, estoy seguro de que son ciertas

Ella vive en la calle de la Pasión, ignoro el número; es en una casita vieja, muy baja, de revoque amarillo, con un zapatero en el portal, y que hace esquina á la Ribera de Curtidores. Yo también me resistía creerlo; pero tuve que rendirme á la evidencia.

—¿De modo que le ha visto vd. entrar allí con ella ó ir á buscarla?

Sí, señorita; varias veces. La primera... casi por casualidad.... luego, porque quise convencerme de ello.

—Y ella dice que se llama Engracia... ¿eh? El número no lo recuerda....

—No tiene *perde*, como vulgarmente se dice. Es la casa que hace esquina á la calle de la Pasión y á la Ribera de Curtidores.

Paz, que jamás habla oído tales nombres, se fijó en ellos con cuidado: Tirso prosiguió:

—Esta mañana se ha despedido de vd. pero los últimos instantes que pase en Madrid... tenga vd. valor, señorita, serán para ella: estoy seguro de que irá á verla. Según me han asegurado, debe salir de Madrid mañana por la tarde; su obligación es estar en el cuartel desde muy temprano; pero contando al coronel á su modo la necesidad de trasladar á papá de casa, ha conseguido que le de-

jen la mañana libre. Por la mañana supongo yo que ira á ver á esa mujer, a cuya casa deben haber llevado hoy á mi padre, que en el fondo, es el culpable de todo.

—Yo le prometo á vd. que saldré de dudas; y luego, Dios dirá.

Como Paz, al decir esto, se levantará del asiento, nerviosa y desasosegada, Tirso creyó oportuno dar por terminada la entrevista.

—Persuádase vd., señorita, de que no he dado este paso sin verdadera aflicción de espíritu; pero ya lo he dicho: ni mi madre ni yo podemos consentir en aparecer como encubridores de los ambiciosos proyectos de mi hermano. . . . Lo demás no tiene importancia. . . . Una señorita como vd. no puede mirar sino con frialdad ó desprecio. . . .

—Gracias, gracias. . . . No me hable usted más de esa mujer.

El cura salió haciendo cortesías, sin más conversación y sin que Paz se moviera para despedirle. La pobre niña se quedó sentada en una butaca baja, puestos los codos sobre las rodillas y apoyada la cara en las manos, por entre cuyos dedos se le escapaban las lágrimas, que ni podía ni quería contener. Cuanto más pensaba en lo que acababa de oír, me-

nos crédito le daba; y, sin embargo, por nada del mundo hubiera renunciado á convencerse por sus propios ojos de la falsedad ó certeza de la acusación. Una sola consideración la inclinaba á creerla fundada: en lo que Tirso la habia dicho, formaban un conjunto tan homogéneo las maldades, estaban tan enlazadas unas con otras las infamias, era todo tan verosímil dentro de lo malvado, que parecia imposible suponerlo invención calumniosa: no habia, no podía haber imaginación tan dañina que lo fraguase y dispusiera con aquel ensañamiento. Por otra parte, cuanto más reflexionaba acerca de ello, en medio de la turbación de su espíritu siempre venia á quedar sobre todos los razonamientos de consuelo un dato suelto, aislado, pero en el cual podía tomar origen el cúmulo de culpas de que Tirso acusaba á su hermano: la pobreza de Pepe. Antes de la calumnia en esa pobreza del hombre amado estribaba precisamente el amor de Paz: le creía exento de todos los defectos que desarrolla y acrecienta el oro. Después de calumniado, imaginó verle poseído de cuantas malas pasiones trae consigo el ansia de riqueza. Por algo se dijo: "calumnia, que

algo queda." Otro indicio grave se alzaba contra la inocencia de Pepe: los cargos que se le hacían eran demasiado claros y concretos para ser falsos; no se le echaban en cara intentos más ó menos censurables, sino los efectos positivos de su maldad. Bien claramente los enumeró Tirso. Había, según éste, tolerado que cortejase á su hermana un amigo de mal jaez, fué causa de que la madre tuviera que abandonar la casa, llegando á tal extremo de perversión que estaba á punto, si ya no lo había hecho, de llevar á su propio padre á vivir con su querida, para que lo malgastado en mantenerla á ella apareciese como pago de la existancia del enfermo.

El hombre capaz de tales cosas ¿no podía serlo también de aspirar á su mano, no por amor, sino por su fortuna? Cualquiera de aquellas indignidades era bastante á justificar el súbito desamor de Paz, y, sin embargo, para ella sólo una existía que realmente la hiciese mella: la infidelidad, el engaño. Para todo lo demás, su cariño hallaba atenuación ó disculpa; aun convencida de su maldad, seguiría amándole; pero ansiaba ser solo, único, absoluto dueño de su albedrío. Dispuesta se hallaba á compartir la infamia de aquel

hombre, pero á no poseer su corazón á medias con otra mujer.

Avanzó la tarde sin que Paz se tranquilizara, engolfándose tanto, por el contrario, en sus amargos pensamientos que, sólo al sorprenderla la tarde hundida en la butaca, como viese que iba obscureciendo y faltaba en los balcones el resplandor del día, empezó á vestirse, temiendo que la llamaran á comer. Por vez primera desde que conoció á Pepe, le parecieron enojosos é inútiles las cintas y los adornos. Su agitación tenía algo de rabia.

Cuando se estaba arreglando el peinado, se la cayó deshecho y suelto sobre los hombros un rizo de su hermoso pelo, y ella, recogiénsete con ira, tratándolo como á gala inútil, murmuró:

—¡A nadie tengo que agradar!—Y esforzándose en no llorar, acabó su tocado ceñuda y mal humorada, como quien gasta tiempo en tarea baldía.

El día señalado, y á la hora convenida, Pepe y Millán trasladaron á Don José á casa de Engracia. El hijo, que la víspera había enviado los muebles y las ropas que con-

sideró necesarias para atender al cuidado y comodidad de su padre, vistió á éste cariñosamente, envolviéndole en una manta los pies, que por la hinchazón no era posible calzarle, y esperó á que trajesen la camilla. Leocadia se fué por la mañana, diciendo que volvería; pero dieron las tres de la tarde, y no pareció. El aspecto de la casa ponía grima: to lo estaba como cuando tras larga enfermedad viene la muerte, causando momentos de perturbación y desorden; los cajones abiertos, revuelto cuanto había sobre las mesas, y las sillas con montones de ropa tiradas al descuido.

Desde poco antes de las tres se asomó el pobre muchacho varias veces al balcón, esperando que de un momento á otro llegaran los mozos con la camilla. Por fin les vió volver la esquina de la calle Imperial, trayendo suspendido de los recios tirantes aquel armatoste negro, estrecho y largo, con trizas de ataúd. En el movimiento que hizo al retirarse del balcón, soltando las manos de la barandilla, conoció Don José que venían los camilleros. En seguida, mirando de frente á Papa, le dijo, medroso:

—¿Están ahí?

—Sí; ya suben.

Cuando los mozos llegaron á la puerta del piso principal, indicaron que, por lo estrecho de la escalera, era casi imposible subir hasta allí con la camilla, acordándose entonces bajar en un sillón al enfermo, acostarle en la camilla, dentro del portal, y luego emprender la marcha.

El gotoso pesaba tanto, que determinaron bajarle relevándose en cada tramo de la escalera.

—Este señor está de buen año—dijo con la sinceridad de la barbarie uno de los camilleros.

Al sacar á Don José del comedor, hubo necesidad de detenerse un momento para apartar un mueble que estorbaba el paso, dejando, entre tanto, que la butaca descansara en el suelo. El dejarla, quitar el estorbo y volverla á levantar, fué obra de un momento; más como estuviere abierta la puerta de la alcoba que ocupó Tirso, Don José fijó con tristeza en ella la mirada, y en aquel cuarto solitario, polvoriento y frío, creyó el pobre anciano ver retratado el abandono en que él había

de quedar dentro de pocas horas. Por la ventana, que el cura adornó con papelitos de colores imitando vidrios pintados, penetraba diagonalmente un rayo de sol, y al fondo, destacando sobre la cal amarillenta de la pared, se veía colgado de la percha un trapo largo y negro: era una sotana vieja que Tirso se dejó olvidada. Don José no pudo dormirse. Por un instante venció en él la indignación á la apatía; tomó el egoísmo acento de ira; subiósele el rencor á los labios; inyectáronsele de sangre los ojos y, con voz temblorosa, extendiendo una mano hacia la sotana, exclamó:

—¡Maldita seas!

Bajaron los mozos sin tropiezo su carga; Pepe y Millán tendieron en la camilla á Don José, y unos delante, otros detrás, echaron á andar hacia la calle de Toledo.

La puntillera, al ver alejarse el triste grupo, comenzó á desahogar su indignación con grandes voces, y la gente de los portales vecinos formó corro en derredor suyo.

—Quedrán ustés creer--decía--que el hijo güeno, el que se ha hecho *melitar*, *tié* que *yevárselo en cá* un amigo, porque la vieja y la *señoritinga* no le *quién* cuidar! ¡Qué sangre

más perra *tié* la muchacha! *enantes* ha *venio* á preguntar si habían *sacáo* ya al señor, y por no verlo *yevar* se ha *marchao*. ¡Vaya un pin-go que ha salido la mocita! El *cabayero* que la pretendia ya no viene, y la muy *simber-güenza* va mucho mejor *vestía*.

XXXX

